

DOMINGO VIGESIMOPRIMERO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Llámase este día el Domingo de los dos Deudores, ó del perdón de las injurias, desde que en el evangelio de la misa se lee la parábola de los dos deudores, segun la refiere San Mateo, la cual nos enseña á perdonar de corazón á nuestros hermanos las ofensas que hemos recibido de ellos, si queremos que Dios nos perdone á nosotros los pecados que hemos cometido contra su divina Magestad. La epístola que precede á este evangelio es del sexto y último capítulo de la carta de San Pablo á los efesios, en que despues de haber exhortado á todo el mundo á cumplir con las obligaciones del estado de cada uno, nos advierte que para resistir á los enemigos invisibles de nuestra salvacion es necesario que nos revistamos de las armas de Dios, las que nombra una por una, y acaba su carta encomendándose en sus oraciones.

El introito de la misa es de la oracion que hizo á Dios Mardoqueo, juntamente con el pueblo judaico, para suplicar al Señor se compadeciese de las lágrimas y gemidos de un pueblo que le era singularmente devoto, y á quien la arrogancia de un solo hombre queria aniquilar y exterminar en un solo día por todo el mundo. *Señor, todo está sujeto á vuestro poder, y nadie puede resistir á vuestra voluntad porque vos hicistis de nada todas las cosas: el cielo, la tierra y todas las criaturas que están debajo del cielo: vos sois el Señor de todo.* La Iglesia repite aquí el mismo salmo de que se sirvió el domingo antecedente. Este salmo está lleno de tan bellos sentimientos de estimacion y afecto á la ley de Dios, que debiera ser familiar á todos los fieles: felices aquellos que andan siempre por el camino de la inocencia y de la ley del Señor. La proteccion que mostró el Señor en favor del pueblo judaico en el tiempo que el orgulloso Aman habia jurado acabar con él, y el feliz suceso que tuvo la oracion de Mardoqueo y de la reina Ester, han determinado sin

duda á la Iglesia á emplear tambien el día de hoy en el introito el primer versículo de este salmo.

La epístola, como dijimos al principio, es del capítulo sexto de la carta de San Pablo á los efesios, en la que los anima á la lucha que toda nuestra vida hemos de tener con los enemigos de nuestra salvacion, los cuales son tanto mas temibles, cuanto están siempre de acuerdo con nuestro propio corazón, con nuestros sentidos, con nuestras pasiones y con nuestro amor propio. Confortaos en el Señor, les dice, y en su virtud todopoderosa: revestíos de las armas de Dios, para que podais estar alerta contra las emboscadas del demonio. Por las armas de Dios entiende San Pablo la fé, la caridad, la confianza en Dios, la vigilancia, la oracion, la mortificacion, la penitencia, el fervor, el ejercicio de las buenas obras, la frecuencia de los sacramentos, y en una palabra, al mismo Jesucristo. Emplea San Pablo gustoso esta metáfora, tomada de la guerra y de las armas; escribiendo á los corintios, dice: "porque las armas con que peleamos nosotros, nada tienen de la carne, sino que sacan su fuerza de Dios para destruir las fortalezas enemigas.

¿Quereis saber, les dice, cuáles son los enemigos contra quienes teneis que pelear? No es contra la carne y la sangre, es decir, no es contra los hombres ordinarios, contra unos enemigos flacos compuestos de carne y sangre, que pueden ser vencidos con armas materiales; contra quienes tenemos que pelear toda nuestra vida, es contra las potestades del infierno, contra toda la violencia de las pasiones, contra el espíritu y las máximas del mundo; enemigos tan temibles, cuanto son mas espirituales, mas porfiados, mas malignos, mas ejercitados y mas acostumbrados á vencer: si quereis no ser vencidos, pelead siempre bien armados. Tomad las armas de Dios para que podais resistir en el tiempo adverso y sosteneros estando provistos de todo. El día malo es el día de la pelea, el día de la tentacion, tiempo peligroso, siempre funesto para las almas cobardes y que son sorprendidas y asaltadas de improviso. Esos cristianos á quienes ha debilitado tanto una vida delicio-

sa y las frecuentes caídas, cuya fé es una fé enferma, cuya piedad esta casi apagada; esos cristianos á quienes el espíritu del mundo tiene tan relajados, y á quienes las pasiones tratan como á esclavos, ¿estarán en estado de vencer en el tiempo de la batalla?" Quiere San Pablo que todos los cristianos se miren como soldados de Jesucristo, armados con toda suerte de armas, esto es, revestidos de las armas espirituales. "Tomad en todo trance, les dice, el escudo de la fé, con el cual podais apagar todos los dardos encendidos del maligno espíritu. Amemos á Jesucristo, estemos animados de su espíritu, y seremos invencibles: practiquemos y pongamos por obra esta divina palabra; vivamos segun el espíritu y las máximas del Evangelio, y seremos formidables al demonio."

El evangelio es del capítulo diez y ocho de San Mateo. Acababa el Salvador de establecer, y explicar á sus apóstoles el importante precepto del perdón de las injurias, uno de los mas esenciales de la moral cristiana y de la religion; y no contento con haberlo explicado, quiso hacerles todavía mas palpable esta verdad por medio de una parábola que hacia ver claramente que el que no perdona á sus hermanos, no debe esperar que Dios le perdone á él.

El reino de los cielos, les dijo, es semejante á un rey que quiso tomar cuentas á sus criados, como si dijera, segun la frase y estilo de la Escritura: Dios se portará con vosotros como un rey que toma cuentas á sus criados. Figuraos, pues, á un príncipe que manda vengan todos sus ministros, para ver por sí mismo y examinar sus cuentas; habiendo recorrido lo que le debia cada uno, quedó aturdido al ver que uno de ellos le debia diez mil talentos, es decir, una suma excesiva. Con esto quiere dar á entender Jesucristo las muchas culpas y pecados de que somos deudores á la justicia divina, no solo los pecadores de profesion, sino aun aquellos que pasan, y en realidad, son sus siervos. Por excesiva que sea la suma, el príncipe quiere ser pagado sin que falte un maravedí; pero viendo que el criado no tenia de donde pagar, manda que se apoderen al instante de quanto tiene, y que si es menester lo vendan á él,

á su muger y á sus hijos, hasta que la deuda quede cubierta. Viéndose aquel infeliz perdido sin remedio, y reducido á la última desesperacion, implora la bondad y la clemencia de su amo; póstrase á sus piés y hecho un mar de lágrimas le suplica le dé algun tiempo, prometiendo pagarle toda la suma: *ten paciència, espérame y te lo pagaré todo*. Compadecido el buen amo del criado, le perdonó toda la deuda.

Saliendo este criado de la presencia de su Señor, encontróse con otro criado, compañero suyo, que le debia la corta suma de cien denarios, esto es, un solo talento, la diferencia era tan notable como de un talento á diez mil. Apenas lo hubo visto, cuando olvidándose de la manera con que acababa de ser tratado, lo asió por la garganta y lo ahogaba diciéndole: págame lo que me debes. Echóse á sus piés el deudor, todo temblando, y le dijo rogando y suplicando: ten paciència, espérame, yo te pagaré todo lo que te debo. Pero el acreedor, inexorable, duro, insensible á sus ruegos y á sus lágrimas, no quiso oírlo; antes bien, haciéndole prender por un alguacil, lo mandó poner en la cárcel, hasta que le pagase toda la deuda. Una accion tan bárbara, y un tratamiento tan inhumano, hizo gran ruido. Indignados todos los otros criados de un modo de portarse tan violento, van á buscar al amo y le cuentan todo el hecho. Montóse en cólera el rey, y habiendo hecho venir á su presencia á aquel mal criado, le dijo enojado: Infeliz, te acabo de perdonar de pura compasion todo lo que me debias, aunque era una suma muy excesiva, y esto solo porque me lo rogaste; ¿no debias tú tener misericordia de tu compañero, como yo la tuve de tí, y perdonarle la deuda? Vete de aquí, corazón de piedra, anda, que eres indigno de que se te haga ninguna gracia; y así no tienes que esperarla de mí, y volviéndose á los ministros de justicia, dijo: que lo pongan en la cárcel y no se le suelte hasta que haya pagado toda la deuda.

No es necesario, añadió el Salvador, que os explique esta parábola; desde luego comprendereis que este rey, este amo, significa al Padre celestial, que á la hora de la muerte hace dar cuenta á cada uno de toda su vida: no hay ninguno que no

sea responsable á la justicia divina, ninguno que no tenga necesidad de su misericordia; ni debéis esperarla para vosotros, sino en cuanto la ejercitareis con los otros. No os engañéis, no habrá misericordia para quien no hubiere usado de misericordia: si vosotros no perdonais á vuestros hermanos de todo corazon las ofensas que hubiereis recibido de ellos, no debéis esperar perdon de las vuestras.

La epístola es del capítulo VI de la de San Pablo á los de Efeso.

Hermanos: Estad fuertes en el Señor y en su virtud poderosa. Revestíos de toda la armadura de Dios, para poder contrarrestar á las acechanzas del diablo; porque no es nuestra pelea contra carne y sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los adalides de estas tinieblas del mundo, contra los espíritus malignos esparcidos en los aires. Por tanto, tomad las armas todas de Dios para poder resistir en el dia aciago, y sosteneros, apercebidos en todo. Estad, pues, á pié firme, ceñidos vuestros lomos con el cingulo de la verdad y armados de la coraza de la justicia, y calzados los piés, prontos á seguir y predicar el Evangelio de la paz, abrazando en todos los encuentros el broquel de la fé, con que podais apagar todos los dardos encendidos del maligno: tomad tambien el yelmo de la salud, y empuñad la espada del espíritu, que es la palabra de Dios.

El evangelio es del capítulo XVIII de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola. El reino de los cielos viene á ser semejante á un rey que quiso tomar cuentas á sus criados. Y habiendo empezado á tomarlas, le fué presentado uno que le debia diez mil talentos. Y como éste no tuviese con qué pagar, mandó su señor que fuesen vendidos él y su muger y sus hijos, con toda su hacienda, y se pagase así la deuda. Entonces el criado, arrojándose á sus piés, le rogaba diciendo: ten un poco de paciencia, que yo te

lo pagaré todo. Movido el señor á compasion de aquel criado, le dió por libre y le perdonó la deuda. Mas apenas salió éste criado de su presencia, encontró á uno de sus compañeros que le debia cien denarios, y agarrándole por el pescuezo le ahogaba diciéndole: paga lo que me debes. El compañero, arrojándose á sus piés, le rogaba diciendo: ten un poco de paciencia conmigo, que yo te lo pagaré todo. El, empero, no quiso escucharle, sino que fué y le hizo meter en la cárcel hasta que le pagase lo que le debia. Al ver los otros criados, sus compañeros, lo que pasaba, se contristaron en extremo y fueron á contar á su señor todo lo sucedido. Entonces le llamó su señor y le dijo: oh criado inícuo, yo te perdoné toda la deuda porque me lo suplicaste; ¿no era, pues, justo que tú tambien tuvieses compasion de tu compañero, como yo la tuve de tí? E irritado el señor le entregó en manos de los verdugos, hasta tanto que satisficiera la deuda toda por entero. Así, de esta manera, se portará mi Padre celestial con vosotros, si cada uno no perdonare de corazon á su hermano.

MEDITACION.

Sobre el perdonar las ofensas para que Dios nos perdone.

Considera que si hemos perdonado las injurias que nos han hecho, tenemos bastante motivo para esperar con confianza de la misericordia de Dios que nos ha de perdonar nuestros pecados. La parábola del Evangelio de este dia es una leccion, una promesa y una amenaza. No hay hombre que no sea responsable á la justicia de Dios, ninguno que no esté cargado de deudas. Un solo pecado venial merece penas indecibles, y el menor pecado mortal nada menos merece que un infierno eterno. David decia atónito al solo pensamiento de esta verdad: Dios mio, no entres en juicio con tu siervo, porque no hay sobre la tierra un solo hombre que pueda lisonjearse de parecer inocente á vuestros ojos. No obstante, es menester dar cuenta tarde ó temprano. Dios no dispensa de ello á nadie jamas.

Nuestras deudas son execivas, y se puede decir con verdad, que todas las maceraciones con que durante esta vida podemos mortificar nuestro cuerpo, bastan para satisfacer á la justicia de Dios por los pecados que parecen y son menos criminales. Todos los suplicios que padecerá un condenado por toda la eternidad, no son capaces de expiar una sola culpa mortal. ¿Qué hombre, Señor, tiene bastante caudal para pagar lo que os debe? ¿Y qué medios para pagar unas deudas que excedan á todo nuestro caudal? Es verdad que tenemos en la sangre de Jesucristo un fondo de tesoros inagotables; pero es preciso que estos méritos se nos apliquen, y que se nos permita sacar de este fondo infinito lo que necesitamos. El Salvador nos insinuó este medio de pagarle en la parábola del Evangelio. ¿Hemos recibido alguna injuria? ¿Nos han ofendido nuestros hermanos? ¿Somos acreedores respecto de nuestros prójimos? Perdonemos y se nos perdonará.

Considera que es una condicion indispensable el que perdones las ofensas que te han hecho, si quieres que el Padre celestial te perdone tus pecados. Si tienes alguna cosa contra alguno, dice el Salvador, perdónale, para que tu Padre que está en los cielos te perdone tus pecados. Porque con la medida que midiereis seréis medidos, añade el Salvador. Porque tiene tan en el corazon el precepto del perdon de las injurias, que quiere sea uno de los principales artículos del modelo de oracion que nos enseñó. *Perdonanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.* Ninguna cosa se repite mas amenudo, ni mas claramente en el Evangelio, que esta importante y dulce máxima; ningun medio mas seguro, mas facil, mas eficaz para conseguir el perdon de nuestros pecados; así como no hay cosa mas terminante ni mas positiva que la amenaza que se sigue á esta promesa. Si no perdonais á los hombres las ofensas que os han hecho, vuestro Padre celestial no os perdonará nuestros pecados. Reflexionemos que es un Dios el que habla. Y despues de esto ¿nos costará trabajo perdonar las injurias? ¿Lo tendremos por precepto dificil, y no nos resolveremos á perdonar á nuestros hermanos, para que el Señor nos perdone nuestros pecados?

PETICION Y PROPOSITOS.

Nada mas frecuente que alucinarse los hombres con un falso perdon de las injurias, cuando en lo íntimo de sus corazones queda el resentimiento que despues revive cuando se le presenta ocasion de desahogarse, y hacer sentir los efectos de la venganza. Esto prueba que solo estaba sufocada y no extinguida tan perniciosa afeccion, y que por consiguiente es menester que nuestro propósito vaya mas adelante y envuelva absoluta remision de la ofensa recibida.

JACULATORIA.

Perdónanos nuestras deudas, Señor, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.

LECCION.

Sobre el perdon de los cnemigos.

El amor á nuestros enemigos es el ejercicio de la virtud mas heróica del cristianismo, y al mismo tiempo es la que forma todo su carácter peculiar. “Habeis oido (decia Jesucristo por San Mateo) que se dijo á los antiguos: amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo; pero yo os digo: amad á vuestros enemigos..... haced bien á los que os quieren mal.” En la moral de los filósofos antiguos, es verdad que se contaba en el número de las virtudes el perdon de las ofensas; pero la vanidad y un espíritu de orgullo acaso dictaba este precepto, fundados en que la venganza tiene cierta especie de baja, mientras que el perdon los hacia manifestarse superiores á las ofensas; y así, el perdon de los enemigos, mas bien que en la virtud, se fundaba en el orgulloso desprecio que de ellos se hacia; pero la moral cristiana, ni lisonjea á la soberbia, ni condesciende con el amor propio.

Los tres principios mas comunes de las amistades humanas son el gusto, la concupiscencia y la vanidad; porque, ó seguimos cierta inclinacion de la naturaleza, que nos hace encontrar en alguna persona mas semejanza con nuestras inclinaciones, ó buscamos amigos necesarios y útiles para nuestros placeres ó nuestra fortuna, ó por último, estimamos á los amigos que nos honran, queriendo adornarnos con su reputacion, por decirlo así, dando á entender que no hay mucha distincion de ellos á nosotros y que solamente gustamos de nuestros semejantes. Estos son generalmente los tres poderosos lazos de las amistades humanas. La religion y la caridad forman muy pocas de nuestras afecciones, y de aquí resulta que al momento que los hombres nos disgustan ó no pueden llenar nuestros deseos interesados, ó que ofenden á nuestra vanidad, se rompen y se desatan y se aparta de ellos nuestro corazon, produciendo los tres principios que mas universalmente causan los rencores ó enemistades bajo apariencias falsas de equidad; examinemos si no la injusticia de cada una de estas enemistades en particular.

Es injusto el ódio que tenemos á las personas que nos disgustan, porque el no ser un hombre de nuestro gusto no le quita el ser nuestro hermano, hijo de Dios, miembro de Jesucristo &c.; su genio, sus cualidades desagradables no pueden borrar ninguno de estos títulos. Si no tuviéramos obligacion de amar mas que á aquellos que nos gustan, era inútil que Jesucristo nos mandase amar á nuestros prójimos, porque nuestro corazon no necesitaba para esto de precepto. Un cristiano, ademas, no debe moverse por su gusto ó sus inclinaciones sino por los principios de la razon, de la fé, de la religion y de la gracia, puesto que aun en el mundo civilizado se tiene por debilidad nivelar nuestro amor por el capricho solo de nuestro querer. ¿Y la ley evangélica, que quiere sacrificuemos á la santidad de la fé, no solo nuestros antojos, sino aun nuestros mas caros intereses, habia de ser mas indulgente en este punto? Nuestro amor propio no puede persuadirnos de que gustemos á todo el mundo, y sin embargo, ¿quién hay de nosotros que no

quiera se le disimulen sus defectos geniales, atendiendo á la bondad del corazon? El disgusto que nos causan algunos de nuestros prójimos no proviene sino de nosotros mismos, de la soberbia y de la oposicion de nuestro genio; muchas veces consiste todo su delito, para nosotros, en su talento, en su fortuna, ó en sus cualidades estimables: el Evangelio, por último, no nos manda que gustemos de nuestro prójimo, sino que le amemos, esto es, que le suframos, le disimulemos, ocultemos sus defectos, en una palabra, que hagamos por él lo que quisiéramos que él hiciera por nosotros; porque la caridad no consiste en un gusto ciego y antojadizo, ó en una aficion caprichosa, sino que es una obligacion justa, discreta y racional, por lo que se opone á las enemistades, que no tienen otro origen que el disgusto ó aversion que tenemos á algunas personas, pero no son menos injustas las que nacen de ser contrarias á nuestros intereses.

En efecto, nuestro aborrecimiento á los que contrarian nuestro interes, ó que buscan medios de ofendernos, es injusto; porque, en primer lugar, cuando aborrecemos á nuestro prójimo, añadimos á todos los males que hemos recibido de él el de aborrecerlo, que es el mayor de todos. Nunca habrá conseguido, con todos los males que haya podido procurarnos nuestro mas despiadado enemigo, mas de quitarnos unos bienes frívolos y perecederos; pero si le aborrecemos, perdemos nuestra alma y nos privamos para siempre del derecho que tenemos al reino inmortal. ¿Pero qué utilidad podemos sacar de aborrecer á nuestro prójimo? ¿Nos restituye acaso por eso los bienes que nos ha usurpado? Querer consolarse con aborrecerle, es á la verdad un modo muy bárbaro de consolarse: si somos verdaderamente cristianos, si tenemos fé, en vez de aborrecer á aquellos de quienes se vale Dios para trastornar nuestras esperanzas mundanas y nuestros proyectos de fortuna, debiamos mirarlos como instrumentos de la divina misericordia, que se vale de ellos para salvarnos, poniendo obstáculos á nuestras pasiones; y así debemos pedir á Dios que les inspire un arrepentimiento verdadero, y que no permita se pierdan para

siempre los que han contribuido de algun modo á nuestra felicidad eterna.



DOMINGO VIGECIMOSEGUNDO

DESPUES DE PENTECOSTES.

A este domingo se ha dado el nombre del domingo del tributo al César, por hablarse de él en el evangelio de la misa de este dia.

El Introito es del salmo 129, el cual es una oracion de los judíos oprimidos de miserias durante su cautividad en Babilonia; en él le confiesan al Señor sus pecados, y reconocen con humildad, que por grandes que sean los males que padecen, todavía merecian padecerlos mayores por sus iniquidades; pero que saben que la misericordia de Dios es todavía mayor que su malicia, y este conocimiento sostiene su confianza en la infinita misericordia de su Dios.

Conozco, Dios mio, dicen, cuán culpable soy á vuestros ojos; convengo que mis pecados son sobre la muchedumbre de los cabellos de mi cabeza; pero si vos examinais con todo rigor nuestras iniquidades, ¡oh Señor! ¿quién podrá sufrir vuestros juicios? Pero, ¡oh Dios de Israel! si vos no hallais en nosotros sino sobrados motivos para perdernos; hallais en vos sobrados motivos para salvarnos. Y así, por mas profundo que sea el abismo de la miseria en que he caido, envio confiado mis clamores hácia vos, Señor: no seais, Dios mio, inexorable á mi voz." La Iglesia ha puesto este salmo en el número de los penitenciales; es decir, en el número de los siete que inspiran y mueven á compuncion y á penitencia, y que al mismo tiempo son como efecto y demostracion de la misma penitencia. Se cree lo compuso David, penetrado de un vivo arrepentimiento de su doble pecado con Bersabé, para testificar su contricion y suplicar al Señor le perdone por su infinita misericordia.

No hay cosa quizá mas propia para aplacar al Señor y desarmar su enojo, que esta humilde oracion de confianza y anodamiento; por eso se reza comunmente en sufragio y alivio de las almas del purgatorio, no solo por motivo de estas palabras: *De lo profundo del abismo en que he caido, levanto el grito hácia vos, Señor*; lo que nos da la idea de una alma encerrada en un profundo y oscuro calabozo, sino tambien porque en él se habla muchas veces de la misericordia del Señor, del perdon de los pecados y de la esperanza de los justos.

Para penetrar el sentido de la carta que escribió San Pablo á los fieles de Filipos, la cual se eligió para la epístola de la misa de este dia; es necesario acordarse que los filipenses, que son un pueblo de Macedonia, habian sido convertidos á la fé por San Pablo, de resultas de una vision que el santo apóstol tuvo en sueños, estando en Troade. Empezó esta Iglesia por la conversion de una tratante en púrpura, nombrada Lidia, y en poco tiempo fueron seguidas estas primicias de una gran cosecha. Pusieron al apóstol en la cárcel con su discípulo Silas; lo azotaron y le hicieron padecer mucho: pero el zelo y el valor y la fidelidad de muchas buenas almas de filipos, lo indemnizaron de sus penas. Tuvieron siempre aquellos nuevos cristianos á la doctrina y á la persona del santo Apóstol un afecto y una adhesion que jamás se entivió. Los doctores del judaismo, que por todas partes le seguian para corromper la doctrina del Evangelio con la mezcla de la religion judaica, no hallaron acogida entre los filipenses. Fueron los únicos de toda la Grecia, que contribuyeron con sus limosnas á su subsistencia; y habiendo sabido que estaba preso en Roma, le enviaron una suma considerable de dinero por medio de Epafrodito, de la que les da las gracias en esta carta y la enhorabuena de su perseverancia en la pureza de la fé, de su constancia en las persecuciones y del generoso desprecio que habian hecho de los falsos apóstoles que querian engañarlos. Despues de esto los consuela y se consuela á sí mismo con ellos de los males que padecian por Jesucristo, con la esperanza de los grandes premios que les estaban preparados, y los exhorta á huir de los falsos predicadores.